

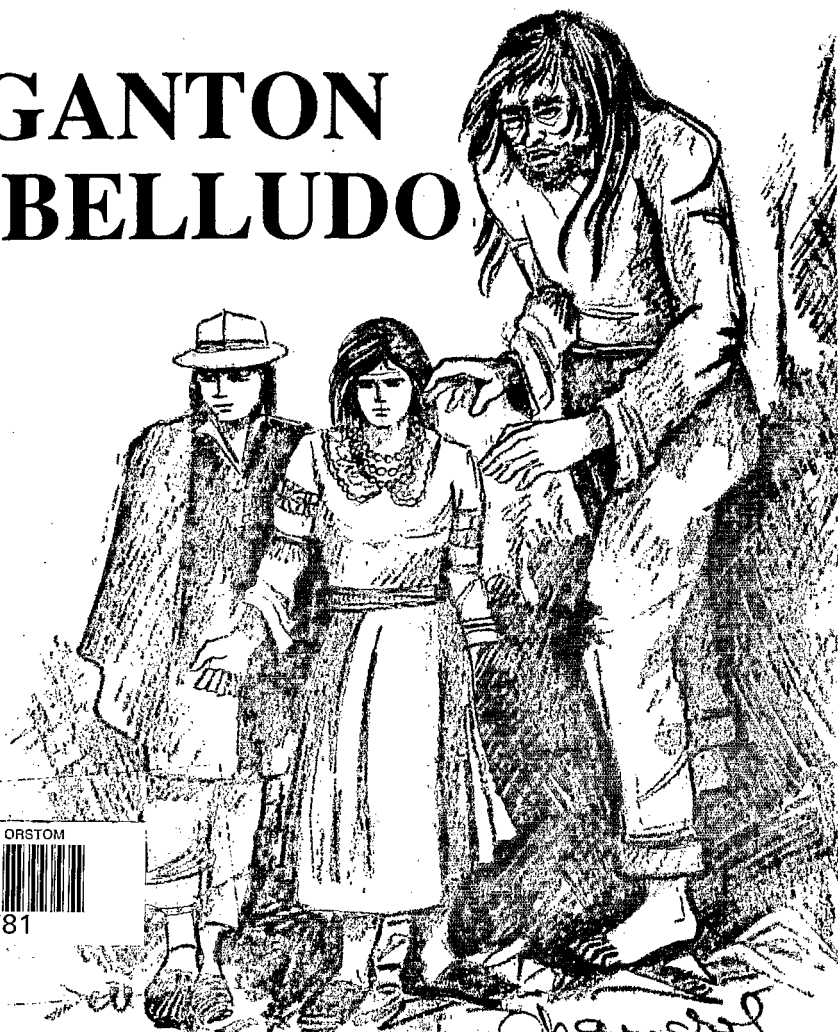
PIERRE GONDARD

F1

M a p o n e x



# EL GIGANTON CABELLUDO



Fonds Documentaire ORSTOM



010010781

**Un mito agrario sobre la rotación  
de cultivos andinos**

EL GIGANTON CABELLUDO

PIERRE GONDARD

# EL GIGANTON CABELLUDO

Un mito agrario  
sobre la rotación de  
cultivos andinos

EDICIONES  
ABYA YALA  
1986

Fonds Documentaire ORSTOM  
Cote: B \* 10781 Ex: 1

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

## INTRODUCCION

*Quiero ser honrado con los lectores. No se trata aquí de una leyenda recopilada en algún rincón de los Andes ecuatorianos , sino de la transcripción de un cuento que yo relataba hace poco a mis niños. En vez de acompañar mi voz, mi mente se escapaba descubriendo en el relato otro sentido: veía en él un mito, un mito agrario lleno de ricas enseñanzas sobre el origen de la rotación de cultivos. Su autor desconocido me perdone los cambios y las añadiduras hechas por mi cuenta.*

*¿Seguiré adelante? Me parece percibir una risa burlona de los etnólogos, el desprecio de los agrónomos, los sarcasmos de los geógrafos, todos ellos expertos eminentes que probablemente van a lamentar el haber escogido en el seno de su corporación a un colega tan falto de seriedad.*

*¡Qué va! Un cuento nunca ha hecho daño a nadie. ¿Quién sabe? Quizás le ocurra a usted también contarle a sus hijos o amigos...*

*Pierre Gondard*

## El gigantón cabelludo

Hace mucho tiempo atrás vivía un campesino llamado Tadeo. Un día, compró por unos centavos, un lote de terreno.







– ¿Y por qué será que salió tan barato? preguntaba maravillada Lisa, su mujer. ¿Estás seguro de que ésto no nos va a traer problemas?

– ¡Seguro que no! contestó Tadeo. Es tierra buena... ¡te das cuenta! A mí me pertenece, sólo a mí!

– Quieres decir: ¡a mí! gritó una voz tras ellos.

Tadeo y Lisa sobresaltados, se dieron la vuelta. ¡Cuál fue su asombro al ver, junto a ellos, un gigantón cabelludo!

Tenía ojos encarnizados, una nariz redonda y colorada como una remolacha, cejas enmarañadas y largas orejas punteagudas. Sus cabellos estaban erguidos como las púas de un erizo, ¡y una araña había tejido allí su tela!

Su ropa estaba hecha andrajos, su pantalón sostenido por piolas, sus rodillas y sus codos peludos aparecían por las partes rotas de su vestido. Y sus brazos eran los más largos que se hayan visto jamás.

—¡Lárguese de mi tierra! gritó con una voz estridente, mientras movía sus brazos como las aspas de un molino de viento.

— ¿Su tierra? preguntó Tadeo.

— Sí, tierra mía, heredada de mi padre gigantón.

—¡Usted no habla en serio! replicó Tadeo. Este terrenito acabo de comprarlo.

—¡Lárguese gritó nuevamente el gigante, pataleando rabioso. Aquí estaba yo antes que usted.

— Aquí estoy, aquí me quedo, dijo Tadeo. Esta tierra es mía.



Desafiándose, con la barbilla en alto, se encaraban con furia. Ninguno de los dos quería ceder. Entonces, dijo Lisa: –Quizás hay una solución, Tadeo. Tú siembras y siegas después, compartimos la cosecha con el gigante.

Tadeo no veía claramente lo que podía ganar con ese arreglo. Pero Lisa, con un gesto, le ordenó callarse y añadió:

–¿Cuál mitad de la cosecha quiere usted, gigante? ¿La de encima o la de abajo?

–¿La de qué?.

– ¿Quiere usted quedarse con lo que crece encima de la tierra, o con lo que crece dentro de la tierra? ¿Con cuál de las dos? Escoja, pues...

– Cogeré lo de encima, contestó riéndose burlonamente ¡Usted se quedará con las raíces!

Entonces, Tadeo y el gigantón cabelludo sellaron el pacto golpeándose las palmas y el gigante se marchó.



– ¡Magnífico! dijo Lisa. Papas no más he de sembrar.

Después de arar el lote, Tadeo sembró papas. Con el azadón quitó las malezas y cuidó de la sementera.

Al momento de la cosecha el gigantón cabelludo volvió y reclamó su parte.

–Ah. ¡Aquí está usted! dijo Tadeo. Tome todo lo de encima que es suyo: lindas hojas verdes que no sirven más que para... pero, en fin, son suyas.

–¡Usted es un vulgar pillo! gritó el gigante. ¡Un infame tramposo! Es todo un engaño, un engaño...voy a...voy a...

– Un pacto es un pacto, gigante. Ahora coja usted sus hojas y váyase!

– ¿Y qué quiere usted para el próximo año? preguntó Lisa. ¿Tallos o raíces?

–¡Raíces desde luego! la próxima vez podrían quedarse ustedes con los tallos!



Dicho esto, desapareció el gigante cabelludo.

– Y ahora, ¿qué haremos? preguntó Tadeo a su mujer.

– Sembrar habas, mi querido marido, el gigante se llevará las raíces si quiere...

Luego de cavar todas las papas y dejar ñuta la tierra, sembró las habas. Semanas después salieron las plantitas. Y cuando llegó el gigante cabelludo para coger a medias la cosecha, la parcela estaba bonita, parecida a una espesa alfombra verde-azulado que ondeaba bajo el sol y el viento.

– ¡Bueno! dijo Tadeo. Para mí los tallos, para usted las raíces.

El gigante gritó rabioso:

– ¡Otra vez me engañaste, pícaro sinvergüenza! voy a...  
voy a...

– Usted no va a hacer nada, contestó Tadeo. Pacto acordado tiene que cumplirse.





– De acuerdo, hijo, has ganado pero el próximo año sembrarás cebada. Compartiremos la cosecha de la siguiente manera: Tú empezarás por este lado y yo por este otro. Y nos quedaremos cada uno con lo que habremos segado.

Tadeo miró los brazos largotes del gigante. El segaría mucho más rápido.

– No, no es justo, dijo.

– Harás como digo. De no, te arrepentirás! Gruñó el gigante pateando el suelo con sus enormes pies y agitando sus brazos peludos.

– ¡No se ponga bravo! dijo Tadeo. No entremos a pelear, por favor!

Pactaron con un apretón de manos y el gigante se marchó riéndose en forma burlona.

En seguida, Tadeo puso a Lisa al corriente de lo acordado.



–¡Tiene brazos largos! segaré la cebada diez veces más rápido que yo. Me temo de que , esta vez, él salga ganando...

Lisa se quedó pensando un rato.

–Supongamos que una parte de esta cebada tenga tallos más duros que la otra parte, dijo. Costará más esfuerzo cortarla y una de la guadañas tendrá que ser afilada más pronto que la otra.

Y expuso a Tadeo su plan.

– ¡Ah! dijo Tadeo, es una suerte que el gigante cabelludo no tenga una mujer tan inteligente como tú!

Tadeo aró su parcela y sembró cebada, mezclándola con semilla de chocho, en el borde de la parte que le tocaba cosechar al gigante. La cebada creció bonita beneficiándose con las bolitas de las raíces de haba del año anterior, que el gigante, despechado, no se había llevado.

Meses más tarde, el día fijado para la siega, el gigante cabelludo llegó de madrugada. Tenía en su mano una hoz



grande, a la medida de sus larguísimos brazos.

Tadeo empezó a cortar la cebada por el lado de la parcela que le correspondía a él y el gigante empezó por el otro. Tadeo movía su guadaña con un gesto amplio y ágil.

El gigante, en cambio, cortaba dando fuerte golpes, por el tallo leñoso de las matas de chocho. Sudaba; jadeaba, se detenía.

–¡Parece que los tallos estás más duros por aquí! gritó.

Quizás tenía la vista tan mala como la inteligencia.

–Donde estoy, ¡todo bien! contestó Tadeo.

El gigante sacaba filo a la guadaña y seguía cortando. De vez en cuando, se paraba a secarse la frente con su manga.

–¡Ya no puedo más! gemía.

–¡Qué raro! contestó Tadeo, sin poder disimular el tono burlón de su voz.



Yo estoy tan descansado como el carnero que de mañanita brinca fuera de la talanquera.

El gigante cabelludo se esforzó de nuevo, moviendo su guadaña con energía desesperada. Pero cada golpe la embotaba y mellaba más. Al fin, se echó al suelo con rabia. Se marchó a grandes pasos después de soltar un ¡carajo! y jurar que se vengaría al año siguiente con o sin pacto.

Tadeo y Lisa se felicitaron de su nuevo éxito. A más de la cebada de toda la parcela recogieron el chocho sembrado en el borde que correspondía al gigante.

–Tres años, tres buenas cosechas, de las que el gigante no se llevó nada. Mujer, merecemos ahora descansar y el terreno también, dijo Tadeo con un suspiro y una mirada de satisfacción. Nos ha resultado tan buena tu idea que en adelante volveremos a sembrar en la misma forma, empezando con las papas.

Al iniciarse la siguiente temporada de cosecha un vecino les contó que una noche, cuando le tocaba el turno de la

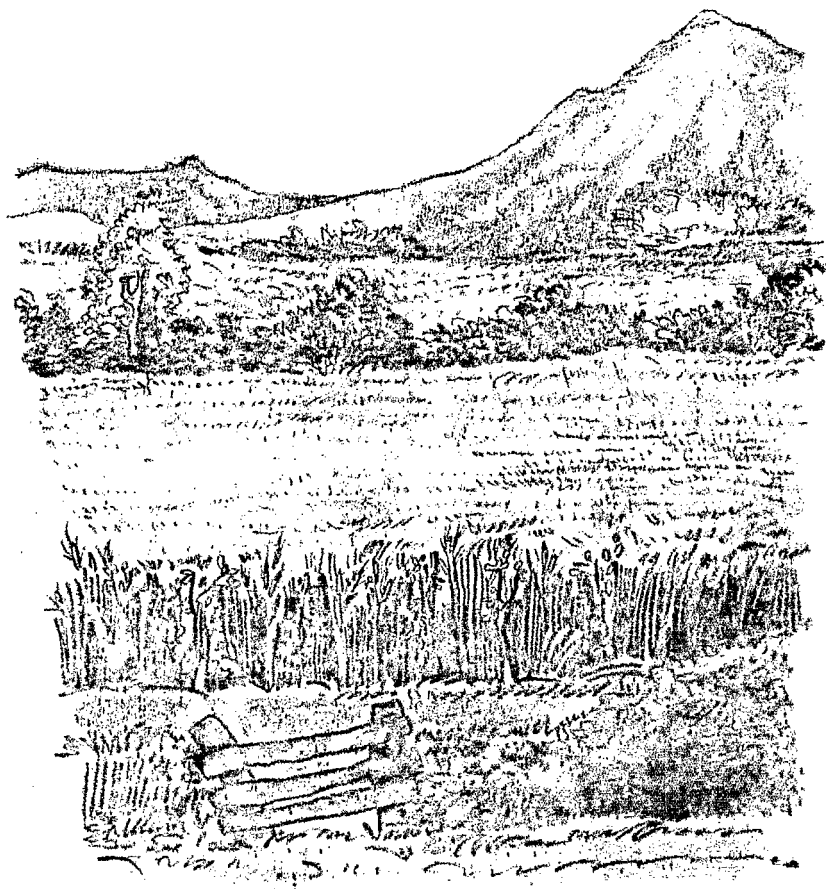




acequia, había visto entrar en la parcela a un hombre altote y flacucho, con costales doblados bajo el brazo. El extraño se acercó a uno de los montones de abono que habían sido depositados allí y alargó la mano para llenar un costal, creyendo quizás, que se trataba de granos recién cosechados. El vecino le vio entonces botar los costales, patalear como un loco y alejarse corriendo sin decir palabra.

Tadeo y su mujer nunca más volvieron a encontrar al gigantón cabelludo.

Poco a poco los campesinos de la comarca los imitaron. Las siguientes generaciones siguieron la costumbre de alternar los cultivos aún después de extinguirse la estirpe de los señores que, sin haber trabajado o aportado nada, se llevaban el fruto de la labor de los campesinos pobres.



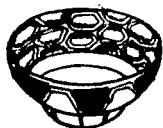
# El gigantón cabelludo

Un mito agrario

La rotación de Tubérculos - Leguminosas - Cereales, es un mecanismo eficaz, con el que las culturas andinas protegen y enriquecen las potencialidades del suelo.

Esta publicación es la adaptación de un mito que plasma en un relato, la rotación de cultivos. El Gigantón Cabelludo es, en todo caso, la amenaza constante que acecha el trabajo del campesino. El Gigantón (la carestía, la esterilidad de la tierra), es vencido sólo cuando la tierra es usada según reglas cuya eficacia ha sido corroborada por la experiencia.

## ediciones



**ABYA  
YALA**



mundo  
andino



mundo  
shuar



ethnos